

# El enterprisng self: trabajo y subjetividad en el gobierno neoliberal

Avance de investigación en curso (Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales)

GT 18 - Reestructuración productiva, trabajo y dominación social

Matías Wolff Cecchi\*

## Resumen:

La presente ponencia explora el modelo de subjetividad propio del proyecto neoliberal chileno, desde la esfera laboral. Siguiendo las ideas planteadas al respecto por Michel Foucault durante los años 70, las que fueron continuadas y profundizadas por algunos de sus “discípulos” de habla inglesa, planteamos que la gran iniciativa del arte neoliberal de gobierno respecto de los trabajadores se articula en torno tres principios básicos: la responsabilidad personal, la performatividad y la búsqueda del autogobierno. Tanto las reformas laborales y previsionales impulsadas por José Piñera como la posterior entrada de la idea de *emprendimiento*, analizada aquí en las ideas de Fernando Flores, juegan un papel preponderante en la legitimación discursiva y tecnológica de esta forma de gobernar.

**Palabras clave:** neoliberalismo, emprendimiento, responsabilidad

## Trabajo y subjetividad en el gobierno neoliberal

Las transformaciones del modelo productivo ocurridas en los últimos años han tenido serias consecuencias para la forma en que se construye la subjetividad en el mundo contemporáneo. En la siguiente ponencia quisiera explorar este tema desde un punto de vista particular: el análisis del gobierno y su relación con la configuración de los sujetos que fuese inaugurado por Michel Foucault durante la segunda mitad de los 70 y que continuaran algunos de sus seguidores ingleses a través de los llamados estudios de la gubernamentalidad<sup>1</sup>. En esta perspectiva teórica, la subjetividad no se construye nunca de manera instructiva desde el poder, sino que cuenta con el involucramiento activo de los involucrados. El salariado es justamente uno de los espacios predilectos para buscar esa compromiso.

Al estudiar la gubernamentalidad neoliberal, Foucault concluyó que su principio rector era su auto-economicidad, esto es “gobernar lo menos posible”. Esto requería dos tareas básicas: el establecimiento de reglas del juego claras y el creciente traspaso del gobierno a los propios gobernados a través del ejercicio mismo de su responsabilidad y su libertad de elección en el mercado. Este desplazamiento del rol de los sujetos – desde la pasividad disciplinaria fordista a la responsable acción neoliberal – conlleva a su vez un desplazamiento del rol político de los sujetos, quienes dejan de velar colectivamente por sus intereses y privatizan sus alegatos y querellas frente al sistema. Como bien lo señala Nikolas Rose, gobernar de manera neoliberal es hacerlo “a través de la libertad y de las aspiraciones de los sujetos más que en contra de estos” (Rose 1996a: 155), es decir, constituyendo sujetos activos capaces de gestionarse a sí mismos dentro de un mercado de oportunidades. Si durante el siglo XX el detalle disciplinario obligaba la presencia del Estado en un sinnúmero de instituciones y actores, el neoliberalismo promete más bien la creación de individuos “que no necesitan ser gobernados

---

\* Antropólogo Social, U. de Chile. Doctorante en Ciencias Sociales, École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), París, Francia.

<sup>1</sup> Son los llamados “anglofocauldianos” como Colin Gordon, Peter Miller, Graham Burchell, Nikolas Rose, Thomas Osborne y Mitchell Dean, que se agruparon en torno a la revista *Economy and Society* durante los 80 y 90.

por otros sino que se gobernarán a sí mismos, se dominarán a sí mismos, se cuidarán a sí mismos.” (Rose 1996b: 45) Debido a este hecho, el gobierno neoliberal “presupone entonces la *libertad*, con la que mantiene no una relación de antagonismo, sino un vínculo de "agonismo", implicando un juego permanente de incitación y desafío recíprocos.” (Vázquez García 2005: 179, nuestras itálicas)

Dentro de los cambios en el capitalismo impulsados por esta nueva mentalidad gubernamental, el mundo laboral se vuelve un espacio fundamental, tanto técnica como discursivamente. En términos discursivos, ideas tales como la autorregulación, la necesidad de “reglas claras”, el imperio de la ley y, en resumidas cuentas, la existencia de un “Estado de derecho” capaces de garantizar el “orden espontáneo” (Hayek), resultarán fundamentales en la arena política para reformar la esfera productiva y el mercado de trabajo, haciéndolo más flexible, inestable e individualizado.

Una vez que estos principios tecnocráticos se han vuelto hegemónicos, ponen en marcha un espacio tecnológico ideal – la *empresa* – y un modelo ético asociado – el “enterprising self”, que aquí podríamos llamar el *emprendedor*. Más allá de su significado tradicional de organización destinada a la producción, en el gobierno neoliberal la empresa se vuelve la *medida* de todo sistema y estructura, sea esta privada o estatal: cada organización obtendrá su valor en una gradiente de “cantidad de empresa” que legitimará cada uno de sus actos. El correlato subjetivo – ético, dirá Foucault –, de aquél modelo es el emprendedor, entendido en un sentido tanto o más laxo que su matriz técnica: un sujeto que hace de la empresa una “forma de vida” y del logro de sus deseos un trabajo constante y concienzudo.

No está solo en ese camino. Una gran diversidad de saberes y técnicas de introspección, re-educación y terapia – seminarios de liderazgo, *coaching*, Programación Neurolingüística, retiros al campo – lo ayudan a desenvolverse en esa nueva demanda de responsabilización activa y libertad de elegir. Ya no podemos culpar al contexto: la sociedad, el sindicato, el vaivén de la economía dejan de funcionar como argumentos para actuar. El cambio y la volatilidad se instalan, y estamos felizmente solos para hacerles frente.

## **Emprendimiento, democracia, responsabilidad en el Chile neoliberal**

Si bien estas ideas provienen principalmente de un análisis de la situación europea y norteamericana, la temprana adopción de las políticas neoliberales en Chile y su continuidad casi ortodoxa hasta hoy, permiten que nos preguntemos muy legítimamente si la versión chilena de la gubernamentalidad neoliberal presenta nociones similares.

El primer espacio donde podemos explorar este problema, a través de un seminal artículo escrito por Cecilia Montero en 1990, es el del empresariado propiamente tal, que sufrió una importante transformación durante los años 80. La apertura de los mercados y la fuerte desregulación financiera propuesta por el gobierno militar significaron la necesidad de nuevas condiciones en el sector empresarial, acostumbrado desde la Colonia ha contar con la protección del Estado (Montero 1990: 97-98). La llegada de estos nuevos empresarios y sus ejecutivos, profesionales, más modernos, menos conservadores y no necesariamente asociados a una representación política tradicional, instala paulatinamente al interior de la elite los principios que hemos descrito para el modelo gubernativo neoliberal y el *enterprising self*. El valor de la creatividad y la competencia, la apertura al riesgo y a la flexibilidad, pero por sobre todo la responsabilidad personal en la toma de decisiones, se vuelven elementos discursivos fundamentales en las voces de estos nuevos actores. (Montero 1990: 107-08).

Lo interesante es, precisamente, que los empresarios nuevos justifican estas actitudes en referencia a una idea de libertad tal y como la afirma (o propone) la tesis gubernamental anglofucoltiana. Para ellos, la competencia y la responsabilidad personal, no son otra cosa que la libertad individual de moverse en el mundo. Esto consolida la idea neoliberal de que la libertad política presupone la libertad económica, aunque esto integre a toda la población o solo a una parte de ella.

## Responsabilidad personal y reformas estructurales

Es en ese sentido que podemos leer la justificación de dos transformaciones fundamentales para la economía chilena en los años 80 y que dieron un correlato estructural al proceso de neoliberalización: el mercado laboral y el sector previsional. Ambas reformas, impulsadas por José Piñera, siguen de una manera ortodoxa esta amalgama de mentalidad, empresa y ética que describimos más arriba.

En *La revolución laboral en Chile*, libro donde narra la gesta que significó para la Dictadura terminar con los “privilegios” sindicales y las negociaciones colectivas, Piñera concibe el Plan Laboral como una etapa necesaria para alcanzar una “verdadera democracia”, tejiendo una relación estrecha entre libertad y responsabilización personal. Para el entonces ministro, las prebendas sindicales construidas en Chile durante cincuenta años no sólo constituían una dificultad para el empresariado y para el orden político autoritario; su principal perjuicio radicaba en que promovían la creación de trabajadores infantilizados bajo la tutela de sus dirigentes, incapaces de ejercer cualquier forma de real libertad. Dada la importancia del trabajo asalariado en la construcción de la sociedad, de este hecho sólo podrían ejercer ciudadanos irresponsables y amantes de un orden colectivo, externo a ellos.

Al escribir el libro, el mismo año en que Patricio Aylwin asume la presidencia de la República, Piñera leyó el proceso de reforma laboral como la antesala de lo que se viviría con la llegada de la democracia, afirmando que gracias a ella “el mundo sindical comenzó a vivir en democracia once años antes que el resto del país”. La capacidad del Plan para consagrar “la libertad de los trabajadores para organizar sindicatos y para afiliarse o desafiliarse cuando quisieran”, significó también la individuación del contrato laboral, la personalización de “las relaciones de trabajo de empresarios y trabajadores” y fortaleciendo “el compromiso de unos y otros con la empresa”, haciéndolos compartir un “mismo desafío” (Piñera 1990: 66). Más allá de sus “bondades” democratizantes, Piñera prefiguraba así el consenso entre capital y trabajo que caracterizaría las administraciones socialdemócratas de la posdictadura, el cual sería explotado dentro de las organizaciones por todas esas “tecnologías del yo” pseudoterapéuticas, bajo etiquetas tales como “la camiseta puesta” o “remar juntos”.

La justificación de la siguiente reforma del ministro significó una profundización de estos argumentos. En *El cascabel al gato*, donde relata ahora la brutal intervención al sistema de pensiones que dio lugar a la creación de las AFP, Piñera observa que los problemas éticos – a la Foucault – del sistema previsional son análogos a los que observamos en el mundo sindical. La estafa del sistema de pensiones chileno, nos dice, radica en una concepción monstruosa del ser humano que supone que todos tenemos las mismas expectativas. Como lo que ocurre es exactamente lo contrario, la única solución para enfrentar esas diferencias naturales es que el Estado abriera una mayor libertad de elección, es decir, entregara el sistema al mercado. En concordancia con el principio de “gobernar lo menos posible”, Piñera señalaba que “el ideal es que cada uno se preocupe de su propia previsión” (Piñera 1992: 18) terminando de golpe con una solidaridad juzgada como alienante y autoritaria. Pero el ministro no se queda ahí. Tal como lo hiciera respecto al Plan laboral, Piñera sostiene que la libertad previsional debe “traspasar todos los cimientos del nuevo sistema” y el mecanismo para hacerlo no es otro que su preciada “responsabilidad individual” (Piñera 1992: 19). Solo la libertad de un sistema individualizado de capitalización sería capaz de establecer un acuerdo justo entre los reales esfuerzos del trabajador durante su vida activa y sus futuras pensiones.

## Emprendimiento

La tercera etapa de este proceso también se articula en torno a esa idea de responsabilidad personal, pero emerge – y encuentra su legitimidad – en el proceso de transición a la democracia. Nos referimos a la idea de emprendimiento que permitió reconciliar a la centro izquierda con el mercado y el mundo privado mediante un ensamblaje feliz de los aspectos técnicos y éticos del arte neoliberal de

gobierno. Emblemático en ese proceso fue el rol de Fernando Flores y sus ideas de *management* que se fueron instalando entre parte la elite pre concertacionista en el final de la Dictadura.

Muy crítico del racionalismo occidental y de su correlato en las teorías de gestión empresarial (Flores 1994), Flores proponía una forma de manejo centrada en el tema de la comunicación y en una ética del emprender, entendida como el desarrollo de una acción significativa en el mundo. El ex ministro de Allende había llegado a esa conclusión después de un largo proceso de reflexión, que se había inaugurado con su participación en el excéntrico proyecto de control cibernético que él mismo había proyectado en Corfo durante la Unidad Popular. Una vez que salió al exilio y se inscribió en el Doctorado en Filosofía del Lenguaje en Berkeley, entrelazó esa experiencia con las tesis de la performatividad del lenguaje de Austin y Searle, con la diferenciación entre estructura y organización de Maturana y Varela, y con la fenomenología de la historia de Heidegger. El resultado fue una comprensión de las organizaciones – incluidas, cómo no, las empresas – como “redes de conversaciones” entre personas que debían “mantener abiertas sus posibilidades al futuro” (Flores 1997: 57).

Para Flores, la tarea de la administración no era otra que la de saber “escuchar” los quiebres que se producen en la habitual actividad de la organización, intentando conducirlos mediante un buen manejo comunicacional, es decir, a través de una buena gestión de las conversaciones que los habían producido, pero que también podían servir para superarlos. La buena gestión empresarial consistía entonces en el diseño de una buena coordinación de los actos comunicativos, en particular de las ofertas, las demandas y los compromisos, capaz de anticipar los quiebres futuros. El control del proceso tenía como protagonista a los propios actores de la organización: los compromisos adquiridos se hacían públicos, integrándose a un flujo de trabajo cuyo funcionamiento podía ser auditado por cada miembro de la organización. De este modo, la evaluación de la eficacia managerial se sustentaba fundamentalmente en una idea de responsabilización personal. El modelo de Flores proponía una suerte de “sistema de auditoría” de las acciones, que permitía identificar su grado de cumplimiento para cada individuo involucrado en la organización. Si “la competencia comunicativa es la capacidad de expresar las propias intenciones” esto iba necesariamente de la mano del “responsabilizarse de la red de compromisos que las expresiones y sus interpretaciones generan” (Flores 1997: 56).

Mirado desde hoy, el momento en que Flores introdujo estas ideas y sus aplicaciones técnicas en Chile sirvió como una de las formas de entender el mundo que se avecinaba: el de la hegemonía total del mercado, la muerte del socialismo y la necesidad de un consenso que terminó por hacer de toda planificación una empresa puramente pragmática y procedimental. En lugar de sorprenderse por el vaivén “natural” de la acción y tratar de circunscribirla con modelos basados en principios, Flores llamaba con vehemencia a tomar la iniciativa, adelantándose a las rupturas que se producían y que hacían conscientes a los sujetos de las acciones que emprendían. La franqueza casi mesiánica de su hablar, sumada a esa puesta en escena propia de los masivos talleres de superación personal de los que Flores participará en California, convertían sus enseñanzas en una suerte de “verdad revelada” y elevaban su figura a la de un gurú.

A partir de una filosofía diferente a la matriz conservadora de Piñera, la idea de Flores acerca de la relación entre acción y comunicación llegaba, sin embargo, a una noción similar sobre la actividad humana, que ponía, tanto o más que el ministro de la Dictadura, la idea de responsabilidad personal en el centro de los cambios necesarios para adaptarse al nuevo mundo que nacía. La capacidad de emprender era la causa y el producto de la libertad proyectada y necesitaba de un compromiso insoslayable con el futuro personal. En el caso chileno esto estaba íntimamente vinculado al proceso biográfico y político de la recuperación de la democracia, en su versión post histórica y autocomplacientemente. Flores resumía muy bien esta pretensión cuando señalaba, en medio de la “transición” que su interés era el de “participar en el proceso de hacer de cada ser humano una persona responsable de su destino”, capaz de “construir un mundo de paz interior y de convivencia” (Torres

Cautivo 1989: 14) sin descuidar la *eficiencia*, es decir, su ensamblaje con la lógica empresarial descrita por el modelo gubernamental.

### **Entrenando la acción responsable**

La herencia actual de esas ideas sigue cauces más o menos similares, aunque mucho más cercanos a la terapéutica descrita más como la asistencia necesaria al buen desenvolvimiento del *enterprising self*. El *coaching* profundiza las nociones florianas y las lleva a una práctica tan transformadora como desestructurante, normalmente al servicio de la rentabilización empresarial. Pese a ello, sus alcances se pretenden mucho más amplios que la simple esfera laboral. Con un voluntarismo constructivista muy radical, el *coaching* invita a trabajar las narrativas que hacemos de nuestras vidas – el objeto natural donde actúa esta forma de intervención – y que modulan nuestro mundo. Cambiando esa forma de razonar metafísica, teleológica y conflictiva por una integrada, pragmática y abierta al consenso, podremos abrazar los cambios, particularmente aquellos que vemos en el mundo del trabajo. Lo haremos ya no como algo externo a nosotros, que nos ataca o nos instruye, sino como la consecuencia de nuestro quehacer responsable, de nuestro “ser-en-el-mundo” realmente liberado.

### **Conclusión**

En Chile, el temprano proceso de neoliberalización, sustentado en las reformas estructurales impulsadas por la ortodoxia de Chicago, comparte de forma muy estricta los principios de la mentalidad neoliberal que explorase Foucault y sus seguidores. La continuidad de este proceso ocurrida con la Concertación, refrendó mediante emblemas como el “emprendimiento”, tal como lo entendió Flores, las dimensiones éticas de ese “arte neoliberal de gobierno”, desplazando su acción al interior de las personas. Estas figuras y los principios que movilizaron – una manera particular de entender el conocimiento, la comunicación, la acción, el mercado – reconfiguraron la comprensión acerca del sujeto y su actividad, lo que ayudó a la aceptación del nuevo modelo económico y social y del rol de los trabajadores/ciudadanos jugarían en el proceso. Este hecho resultó ser clave para la legitimación que alcanza hasta hoy el neoliberalismo como mentalidad, tecnología y ética de gobierno. Su crisis y su posible caída requieren que nos preguntemos por el alcance que ha tenido esa particular forma de subjetivación.

### **Bibliografía**

- Flores, F. (1994) El espíritu emprendedor. Ponencia presentada en el seminario *La empresa emergente y la sociedad del futuro*, Fundación para la Innovación, Santiago, 23 de mayo.
- Flores, F. (1997). *Inventando la empresa del siglo XXI*. Santiago: Dolmen.
- Montero, C. (1990). La evolución del empresario chileno: ¿surge un nuevo actor? *Colección Estudios Cieplan*, (30), 91–122.
- Piñera, J. (1990). *La revolución laboral en Chile*. Santiago: Zig-Zag.
- Piñera, J. (1992). *El cascabel al gato. La batalla por la reforma previsional*. Santiago: Zig-Zag.
- Rose, N. (1996a). *Inventig our selves. Psychology, power and personhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rose, N. (1996b). Governing “advanced” liberal democracies. En A. Barry, T. Osborne, y N. Rose (Eds.), *Foucault and political reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*. (pp. 37–64). London: UCL Press.

Torres Cautivo, X. (1989). El fenómeno Flores. *Paula*, (546), 12–15.

Vázquez García, F. (2005). *Tras la autoestima. Variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*. San Sebastián: Gakoa Liburak.